

¿A qué jugamos hoy?

Bel Miret

Había una vez, un barrio muy tranquilo en el que todos se conocían... Los niños jugaban en la calle o en el parque y se lo pasaban muy bien. Cuando salían, decidían a lo que jugarían y a donde podían ir.

Pero había algunos días, cada vez más, que se pasaban más rato discutiendo a que jugarían que jugando... Hablaban todos al mismo tiempo y poco a poco, iban subiendo cada vez más la voz para hacerse oír. Acababan gritando, no se entendían y se enfadaban los unos con los otros.

Así estaban las cosas, hasta que un día la abuela de uno de ellos, viendo las discusiones que tenían siempre, decidió ayudarlos. Sabía que el problema era de comunicación y decidió que les acompañaría hasta que aprendieran a entenderse.

La abuela esperó para intervenir un día de aquellos que no llegaban a ningún acuerdo. Entonces salió de su casa y, reuniéndose con ellos, les pidió un poco de silencio. Les explicó que de la manera que hablaban no podrían entenderse nunca, ya que todos hablaban sin escuchar lo que decían los demás. Les dijo que así perdían el tiempo y era la causa de que muchas veces acabaran peleados.

Entonces les propuso un juego que consistía en pedir turno para hablar y, mientras tanto, no interrumpir al que estaba hablando. De esta forma, el que hablaba podía decir sin interrupciones lo que pensaba y los demás podían oírlo y enterarse de lo que decía. Los niños escucharon con atención a la abuela y le hicieron preguntas sobre el nuevo juego.

Después de un rato de charla la abuela dijo:

¿Qué os parece si mañana cuando salgáis de clase jugamos todos juntos?

¡Síííí! —contestaron todos a la vez— pero ¿tú estarás con nosotros, no? —preguntaron los niños.

Claro —contestó ella— así practicaremos todos un poco.

Al día siguiente, cuando salieron del colegio fueron todos a la plaza donde ya les esperaba la abuela...

Bueno —dijo la abuela— ya estamos todos preparados para empezar. Sentaos en el suelo en círculo y empecemos a hablar...

La que se decidió primero fue María, propuso jugar al escondite. Algunos dijeron que no y empezó a oírse un leve murmullo de protestas, que en poco tiempo se convirtió en un barullo en el que hablaban todos a la vez.

Rápidamente la abuela se puso en pie y les pidió un poco de tranquilidad:

Ahora me dejareis que yo dé los turnos para hablar. Juan, es tu turno, propón un juego.

A mi me gustaría —comentó Juan— que montáramos en bicicleta.

Bueno, es una buena opción —contestó la abuela— pero oigamos otra opinión. Diego, es tu turno. ¿Qué propones tú?

Yo quiero que vayamos a jugar al parque —dijo Diego.

De pronto, empezaron otra vez a hablar todos al mismo tiempo y la abuela se vio obligada a poner orden:

Vamos, ¿cómo hemos quedado? Vamos a hablar por turnos, por favor...

Cuando ya estuvieron todos calmados otra vez, la abuela les dijo:

Ya tenemos tres propuestas: jugar al escondite, montar en bicicleta o ir a jugar al parque. ¿Qué os parece si ahora votáis la que más os guste de las tres? Lo haremos levantando el brazo cuando estemos de acuerdo con lo que se propone.

Empezaron la votación por el escondite, se levantaron cuatro manos diciendo que sí, tres diciendo que no y cinco no quisieron votar.

Hicieron varias votaciones y al final llegaron al acuerdo que lo que quería la mayoría era montar en bicicleta. Como lo habían decidido entre todos, fueron contentos a buscar las bicicletas y se pasaron toda la tarde corriendo arriba y abajo.

Al día siguiente, al otro y al otro, y así durante varios días, hicieron lo mismo: se reunían en la plaza y, por turnos, cada uno decía lo que le apetecía. Después votaban, y hacían lo que apetecía a la mayoría. Así, poco a poco, se acostumbraron a resolver sus conflictos.

La abuela estaba muy contenta de ver a los niños riendo y jugando sin pelearse por los juegos y se le ocurrió invitarlos a todos a merendar. Les hizo unas estupendas galletas y unos pastelitos de crema que a todos los niños les gustaban muchísimo.

Durante la merienda se sentó con ellos y les preguntó si les iba bien la nueva manera de decidir las cosas. Todos les contestaron que sí. Entonces les dijo que esta forma de ponerse de acuerdo les serviría para resolver los conflictos tanto del colegio como en los trabajos que cada uno haría cuando fuera mayor.

Pensad —dijo la abuela— que la forma más respetuosa para que las personas podamos entendernos es escuchar primero y entender lo que los demás piensan. De esta forma, después nosotros podemos hablar sabiendo mejor de lo que decimos. A veces, escuchando lo que otros piensan podemos darnos cuenta de que tal vez no tenemos razón y que quizá estemos equivocados.

Al final de la merienda los niños le preguntaron si podían acudir a ella en caso de que les surgiera alguna duda. La abuela se puso muy contenta y les dijo que cuando ellos quisieran podrían ir a hablar con ella, que ella siempre estaría para ellos.

